



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12229

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
joro.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 19 DE AGOSTO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras ó
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumarlin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La policía

La del resto del país será buena ó mala. En general se quejan de ella los periódicos de todas las provincias; pero en particular es de justicia hacer una excepción en favor de la nuestra, es decir, de la de esta ciudad.

Hace algunos días dábamos cuenta de que á un amigo nuestro le habían robado un reloj. Antes y después se habían realizado actos contra la propiedad; mas cuando los interesados habían perdido la esperanza de recuperar los objetos robados ó de que recayera sobre los culpables el castigo que merecían sus culpas, aparece el inspector de la guardia municipal señor Calvo, con los delinquentes.

No es la primera vez que el popular inspector nos da esas sorpresas. Hace ya tiempo que ocurrió un caso igual. Dos individuos habían hecho abundante cosecha de relojes y alhajas; y cuando confiados en que nadie se acordaba de sus fechorías, se atrevieron á mostrarse á luz, se encontraron cogidos por el que ha llegado á ser en este pueblo terror de malhechores.

Y ayer se repitió de nuevo el caso con el individuo que hurtó un reloj en el establecimiento del señor Ketterer.

Ese individuo tenía cuentas atrasadas, de un año de fecha. La policía lo había buscado inútilmente, porque estaba ausente; pero apenas se puso á tiro de mirada, quedó detenido, á responder de una porción de cosas incorreclas; de un almuerzo consumido y no pagado en el café de España, de unos

gemelos desaparecidos de la tienda de óptica del Sr. Lassere, de otros relojes que desaparecieron sin ser habidos y que no aparecerán ahora; pero al menos sus dueños recibirán satisfacciones sabiendo que el ladrón no se ufanará de haber salido bien de la aventura.

Proclaman estos hechos que la policía de Cartagena trabaja. Sin su vigilancia eficaz habrían volado los pasados días numerosos relojes y carteras; y aunque es verdad que algunos han volado, no ha sido en número tan grande como era de temer dada la concurrencia de gentes que ha venido á divertirse y la invasión de ratas que comenzábamos á padecer.

La labor de la policía no ha salido á la superficie. Esa labor permanece ignorada. Solo cuando surge la manifestación del delito es cuando aparece el polizonte.

Mientras permanece en la sombra vigilando á tal individuo que infunde sospechas, intimándole á que abandone el campo, impidiéndole que realice sus planes.

Cuando pasa la ocasión de que los amigos de lo ajeno realicen su negocio, es decir cuando pasa la feria, la Semana Santa, el carnaval ó cualquiera de esas épocas del año en que se junta gente y no ocurre nada, nos acordamos de la policía para darle un aplauso.

Mas la aplaudiría el público si supiera lo que significa no ocurrir nada. Una vigilancia de Argos y una labor de todos los momentos.

El señor Calvo ha nacido para esa labor y la realiza.

Y como le secunda la fuerza que tiene á sus órdenes, ocurre que casi siempre que se celebran fiestas en esta población, no ocurre nada de particular.

Juegos Florales

Premio especial

LA VELADA MARITIMA

EN
CARTAGENA
(1900)

LEMA:

(Oh, recuerdos, encantos y alegrías!...
(Núñez de Arce: «Un idilio»).

Noche estrellada y serena,
mana brisa, rumor vago,
dormido el mar como un lago
sobre su lecho de arena.
Olor á breca y marisco,
misterio en la lejanía;
de la costa sobre un risco
un faro su luz envía.
Mar adentro sombra espesa,
cantos y ecos misteriosos,
y en la costa dos colosos
cuyas plantas el mar besa.
Del puerto en la enorme boca
dos faros su luz derraman
sobre ancho muro de roca
donde se estrellan y braman
las olas salvajemente,
como furias desgarradas
que corren precipitadas
á combatir la rompiente.
En el silencio dormido
el ancho puerto reposa;
sólo se escucha el gemido
de la brisa misteriosa,
y el mar, con sumiso alhago
extiende su honda serena
como la niña del lago
sobre su lecho de arena.

Más, ¿qué rumor se levanta?
¿qué iluminación se enciende?
El silencio se quebranta
y un rastro de luz se extiende
que del fondo se adelanta
y las aguas abrillanta
y en matices se desprende.
Como incendio, dealumbrando
todo el puerto se ilumina.

y ante la aborta retina
fantásticas van pasando
extrañas embarcaciones
de bellas luces formadas
en bellas combinaciones
y en misteriosas cascadas
de ondas de luz derramadas
entre mil transformaciones.

Como visión del pasado,
una galeaza altiva,
con remar acompasado,
con el velamen inclinado
por la brisa fugitiva,
navega pensadamente
mostrando su gula suma,
dejando rastro de espuma
y de luz fosforescente;
y sus velas luminosas
y sus mástiles altivos
son los mil reflejos vivos
de mil luces primorosas.

Un Arco triunfal avanza
de anchos muros resplandecientes,
y de luces sorprendentes
una catarata lanza.
Una Góndola le alcanza
vestida de oro brillante,
y sobre ella, dealumbrante
chinesco templo lleva.
Más allá, un Globo se eleva
de franjas de iris cubierto;
y en tan hermoso concierto
de luces y de colores,
parece el agua incendiada
en brillantes resplandores,
y la noche replegada,
y la sombra iluminada
de la aurora á los fulgores.
Y es el agua cabrilleante
y mansamente ondulando,
se confunden, se aparecen,
vacilan y parpadean
extinguéndose y brillando.

Todo el iris se desata
en brillante catarata
en incendio sorprendente,
y cada onda es brillante,
y cada luz ondulante
y cada punto luciente.
Y aquellas embarcaciones

que avanzan entre cendales
de bellas iriscaciones,
fingen hermosas visiones
de los sueños orientales.
Y la retina, admirada,
eróe ver surgir de la nada
los palacios de cristales,
la rumorosa cascada
de brillante pedrería,
y la selva enmarañada,
transformada y hechizada
por misterio y brujería.

Las roncacas aclamaciones
de la multitud se elevan
y las mausas brisas llevan
rumor de extrañas canciones.
De las músicas los sonos
dan armonías al viento,
y entre la sombra confusa
que la lejanía llena
canta la invisible musa
del mar, con suave acento;
la onda, al besar la arena,
murmura tibio lamento,
y confusamente aúna
y vagamente se alcanza,
de la ola que se lanza
á estrellarse en la rompiente.

El ancho puerto semeja
grandioso incendio brillante
que en desatada madeja
su luz extiende ondulante
en las aguas que vacilan,
en las ondas que titilan,
en la sombra que se ensancha.
Y tal inmensa avalancha
de luces y de colores,
de brillantes resplandores
y ondulaciones licientes
de cien auroras rientes
fingen la espléndida gala,
ó el fantástico tesoro
de un hervidero de oro
y de luces de bengala.

José M. Albacete.

DE CARTAGENA

Nuestro colega El Imparcial de Madrid,
ha publicado en su número llegado el do

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

35

EL MATRIMONIO ORLOF

—Si nos naciera un niño estaríamos mejor,—solía
agregar ella suspirando.—Tendríamos distracción y
algo en qué pensar.

—¿Qué es lo que haces, entonces? ¿Ore!..
—Si... pero con los golpes que me das no puedo lle-
var... Das demasiado fuerte en los riñones y en los
costados... ¡Si, ya que cosa mejor es imposible, no
me dieras patadas!...

Y Grigorx, confuso, se disculpaba en brascos to-
no:

—¿Puedese calcular en tales momentos, donde, có-
mo y con qué se ha de pegar? Además, yo me soy una
espele de verdugo, ni pego por placer, sino por an-
gustia...

—¿Y de dónde proviene esa angustia?—pregunta-
ba tristemente Matreana.

—¡Tal es la suerte, Motria!—filosofaba Grich-
ka.

—¡La suerte y el carácter del alma! ¿Soy yo peor
que cualquiera otro, que el exsergente, por ejemplo?
No obstante, él vive sin angustia. Vive solo, sin mujer,
sin nadie... Yo habría muerto sin ti... Mientras que
él, ¡nadá! Fuma su pipa y sonríe, está satisfecho...
Yo... ¡Necesario es creer que nací con la inquietud en
el corazón! Mi carácter es así. ¡Exmillar le tiene un
trato de medera; el mío es un resorte, si se le toca vi-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 34

Entonces él turbado por sus tiernos reproches, la
acercaba cada vez con más calor, dando lugar á que
ella se extendiera en lamentaciones, con lo que al fin
volvía á irritarle.

—¡Basta de gemidos! ¡Quizá sufra yo más, mil ve-
ces más, cuando te pegó! ¿Comprendes? Pues intenta
no hablar más. Cuando se os concede alguna liber-
tad, las barbas de uno os sirven de juguete. ¡Basta
de hablar! ¿Qué puedes decir á un hombre para quien
la vida es una carga de las más pesadas?

En ocasiones le dulcificaba aquel torrente de lágrimas
y lamentaciones, y la explicaba, soñador, medio
reñido:

—¿Qué puedo yo hacer con mi carácter? Te maltra-
to... es verdad; nadie más que tú me ayuda en este
mundo, y en ocasiones no lo recuerdo. Momentos hay
en que no te miraría. Diríase entonces que tú te me
has indigestado. Y tal malicia se posa en mi corazón
durante aquellos momentos, que te desgarraría y me
desgarraría. Y cuanto mayor es mi culpa, más gran-
de es mi deseo de pegarte.

Poco probable es que ella lo comprendiera, mas
aquel tono dulce y arrepenido la tranquilizaba.

—Dios permitir que varíemos de algún modo, que
nos acostumbremos...—decía ella, sin pensar que ha-
cía mucho tiempo estaban acostumbrados y aniquila-
dos.

VI



después de unos momentos, con los ojos se-
curos, vados hacia el techo y sonriendo vagamen-
te, continuaba:

—Mi madre me dió á luz según la voluntad de
Dios... ¡Nada puede decirse contra esto! Aprendí un
oficio... mas ¿para qué? ¿Acaso no hay bastantes za-
pateros sin contarme? Vaya, admítamelo todo, soy
zapatero. ¿Y qué? ¿Qué placer hay en esto para mí?